

## Elegía en la muerte del tabernero Juanito Carpetón

Andan sus clientes tristes esta mañana,  
Juanito Carpetón.  
Dicen cosas de usted húmedamente  
ante la copa de chinchón.  
Otros bares del barrio los acogen  
huérfanos en su pena.  
Ven su vida vacía y no es que otrora  
la hayan sentido llena.  
Se sienten sus clientes, buen Juanito,  
tristes y abandonados.  
¿Y dejas, pastor santo, tu grey en este valle?  
Estamos apañados.  
Se miran y vacilan. Sienten vértigo  
porque les falta apoyo.  
¡Han dejado a Juanito de su alma  
metido en triste hoyo!  
Son lúgubres compadres hoy en día  
(ayer eran rientes)  
y andan más solos ellos que la una  
gementeeeees et flentes.  
Son gentes ya de suyo un poco solitarias  
pero hoy se les nota  
algo peor en la mirada turbia.  
Tienen la voz más rota.  
Usted abría si le daba  
la gana, Juanito Carpetón.  
Sus fieles le esperaban a la puerta  
con gran expectación.  
Bala Lugosi presidía, clavado con tachuelas,  
el jocundo lugar  
polvoriento y sembrado de sorpresas  
y juguetes sin par.  
Una caja vacía cumplía las funciones  
de la televisión.  
Asomaba la gaita Juanito por el hueco  
y decía un sermón.  
O enchufaba con agua a sus clientes  
con gracia sin igual  
y decía que aquel era el programa  
de su tercer canal.  
No perdonaba ronda y se bebía  
el contenido de un tonel.  
<Tocadme las pelotas, alcachofos>.  
(Eran frases de él).  
En días especiales llegaba a revestirse  
con hábito talar.  
A sus jocundos feligreses convencía  
con su expresivo hablar.  
O sacaba una enorme cornamenta  
de un viejo toro fiero  
y se la probaba (a ver cómo le iba)  
al cliente primero.  
Cuentan de que un señor entró una tarde  
y pidió una sardina.

Juanito se la asó con gran cuidado,  
con maña docta y fina.  
Sus clientes miraban a Juanito  
no sin cierta emoción.  
Lo vieron acabar el fino asado  
e hizo esta operación:  
Cortó un breve trocito y en silencio  
empezó a degustarlo.  
El señor lo miraba sorprendido  
sin saber si matarlo.  
Juanito sintió delectación, comióse toda  
con sumo gusto y gran placer.  
<Para una vez que algo me sale bueno>, dijo,  
<no lo voy a vender>.  
Era un autoservicio rutilante  
el descuidado mostrador  
y se pagaba a ojo lo gastado,  
ojo consumidor.  
<Cabritos, echad vino, que bebamos  
tabernero incluido.  
Supongo que es a eso, borrachuzos,  
a lo que habéis venido.>  
Sus gracias incontables (me cuentan sus amigos)  
manaban de él sin pausa.  
¡Adorable Juanito! ¡Bello efecto  
de una perdida causa!  
De madrugada, dicen, se olvidaba a veces  
de cerrar el local  
y la gozaba -<marchemos, mamelucos>-  
buscando su portal.  
A la mañana los repartidores  
dejaban en el suelo  
bajo el maligno sol de mediodía  
la cerveza o el hielo.  
Esperando a Juanito, el cual llegaba  
con un capacho viejo.  
<Juanito, a ver si abres.> <Hola, antropófagos.  
Sigamos el festejo.>  
Escribo en otro bar, en el cual a estas horas  
-<bebo en la competencia>-  
irrupía Juanito y con voz ronca  
saludaba a la audiencia.  
Hoy no vamos a verlo aquí con su chapela  
y su negra chalina.  
¿Te fuiste sin cerrar, como otras noches,  
a enterrar la sardina?  
Termina aquí mi lúgubre elegía  
que es llanto popular.  
Juanito, aquí en su barrio hemos sentido hoy  
algo como llorar.

(Madrid, 20-22 de junio 1970)